

**A** pesar de que se acostó con el calambre del nerviosismo en su cuerpo, ahora notaba el sueño tirar de sus párpados. Todo estaba tan oscuro en la habitación, tan en silencio, que aún resonaban las palabras de papá en sus oídos diciéndole que se fuera a dormir, que si no el ratoncito Pérez no vendría, que sólo acude a las camas de los niños que se portan bien y se duermen en seguida.

Se removi6 ahora un poco, dándose la vuelta y apoyando la cabeza en el otro lado de la almohada, el que debajo no tenía el diente. ¿Cuánto dinero me traerá el ratoncito?. ¿Podré comprar el estuche de pinturas, o quizá la cartera de Harry Potter?.

La verdad es que ya no le dolía el agujero en la boca, le hacía gracia encontrarlo con la lengua, comprobar que allí le faltaba algo. No iba a estar muy guapo de aquí en adelante, pero qué importaba si podía tener para gastar un montón de euros y presumir con los amigos del cole... Porque esperaba que el ratón no fuera tacaño con él, que no descubriera las diabluras que había cometido sin que lo supieran sus padres. No, ¡qué iba a saber...!. Además, había decidido no dormirse, esperarlo, ver cómo era, así podría contarle en clase, decírselo a la abuela. Sí, no dejaría que ese sueño pesado lo

atrapara, por eso abría los ojos con fuerza en las tinieblas del cuarto, por eso se pellizcaba los mofletes y apretaba las mandíbulas. Y claro, oyó las campanadas del reloj del salón, una y otra vez, sin dormirse.

Pero es que tenía que estar alerta, siempre en guardia como los soldados que había colocado en lo alto del Exin Castillos. Debía ser un centinela en el palo más largo del barco, con el catalejo, presto a dar la voz de alarma a todos los tripulantes.

¡Jamás dejaría que lo venciera el sueño!

Hasta que percibió un susurro, un crepitar en el otro lado de la cama, justo debajo de la almohada. Un perfecto crick-crik que no cesaba, que le hizo pensar que ya estaba ahí el ratoncito. ¡Por fin lo tenía!. ¡Sí, cómo en los dibujos animados... ¡te pillé, te pillé!

Se volvió bruscamente, y fue entonces cuando sintió el mordisco, primero en la nariz, luego en el resto de la cara, notó los dientes roerle de arriba abajo el rostro, los bigotes delgados y puntiagudos como agujas de coser.

Al día siguiente sus padres lo encontraron muerto, sin expresión alguna en sus rasgos inexistentes, la almohada por entero roja, repleta de sangre. Y no había dinero debajo. Ni siquiera un céntimo.

